

H. Olegario González, SJ.

Los lazos familiares, la vida religiosa compartida, la amistad, la vecindad, la estimación y el amor reunieron un buen número de personas en la capilla del Casal Borja de Sant Cugat del Vallés. El traspaso de una persona estimada nos convocó. El hermano Olegario, para muchos Oleguer, después de 80 años de vida, retornó a la casa del Padre común. La hermana muerte nos lo arrebató casi a traición, de manera inesperada. No era momento para dejarse llevar por las sensaciones de vacío, de desesperanza, de ausencia o soledad. Olegario ya no estaba físicamente entre nosotros. Permanecía, no obstante entre nosotros, en especial entre los que estaban unidos a él por lazos familiares, entre los compañeros de la comunidad de Llúria, entre los muchos amigos que tenía en la iglesia del Sagrat Cor, en el colegio de Raimat, en Lleida y en Torreforta (Tarragona), permanecía el recuerdo de la vida en común con tantas y tantas situaciones vividas, con tanto tiempo y tantos afanes compartidos en los buenos momentos y en las dificultades, en tantas palabras pronunciadas y acogidas, en tantas miradas y silencios cargados de sentido.

Quedaba i queda el recuerdo de aquel hermano jesuita, hombre bueno y buen compañero, de actitudes positivas, inquieto, heredero de un código educativo en el que se formó y al que procuro ser fiel. Sencillo, discreto, incluso silencioso, si convenía, y en ocasiones exuberante. Era un hombre sin engaño. Procuraba llegar a todo y a todos: la dirección de cantos, las clases de música del método Faure, la sacristía, el deporte, la moto, los power points, la flauta y el pequeño órgano cuando convenía. Como el afirmaba "he de tocar muchas teclas". Nos decía también, que hay que sublimar el trabajo y lo hacía sin olvidarse de "los previos" que eran la preparación cuidadosa y precisa de aquello que había que hacer. Era un hombre familiar, volcado a la comunidad de jesuitas, también a su familia. Visitaba los enfermos y les hacía mucho bien porque sabía que decir y como decirlo. Acogía a los pobres, conversaba y se interesaba por ellos, les aconsejaba. Amaba el Dios de Jesús con una fe sencilla y enraizada. Amó y se sintió amado porque amaba la vida y las personas, ni la una ni las otras le eran indiferentes.

Esta esperanza y el recuerdo de Oleguer nos ayuden en nuestro peregrinar por la tierra, hasta que un día nos reencontremos con él y con todos aquellos y aquellas que nos han precedido hacia la casa del Padre del Cielo. Un cielo sin cachivaches ni chirimbolos, como le

gustaba a Olegario que estuviese el presbiterio, libre de objetos innecesarios.

Encontrarnos con Dios Padre, para alabarle con algún salmo de los que Oleguer era un gran conocedor, para agradecerle el don de la vida, para agradecerle todo lo que ha puesto a nuestro alcance, para agradecerle la compañía de las personas que han caminado con nosotros. Y, hasta que llegue este día, seguir el camino de las bienaventuranzas, es decir, seguir Jesús, hasta donde nos sea posible, hasta donde nos sintamos llamados, amando desde la libertad, con la paz y el amor de los hijos e hijas de Dios, como nos enseñó Jesús. I en nuestro recuerdo Olegario, Oleguer.

Enric Puig Jofra, SJ

(Fragmentos de la homilía de la misa de exequias)